

PRIMER HOMENAJE PUBLICO A MARTI, EN LA HABANA.

El primer acto público cubano de trascendencia celebrado en La Habana después del cese de la dominación española fué el homenaje popular tributado a la memoria de José Martí los días 28 y 29 de enero de 1899, aniversario, el primero del nacimiento del máximo apóstol de nuestras libertades.

Consistió dicho homenaje en la colocación, el sábado 28, de una lápida en la casa número 102 de la calle de Paula, donde vió la luz el gran patriota, levantándose acta de la ceremonia y quedando cubierta la lápida hasta el día siguiente, domingo, en que fué develada, celebrándose al efecto una manifestación y un mitin.

Desde dos semanas antes, venían actuando diversas comisiones de organización de dichos actos y recaudación de los fondos necesarios, tanto para los gastos que los mismos ocasionarían, como para levantar más tarde un monumento en esta ciudad a la memoria del Apóstol y editar sus obras políticas y literarias.

Los principales periódicos de la capital, y entre ellos de manera especial La Discusión, publicaban día tras día artículos, cartas y sueltos de redacción dando cuenta, ya de los diversos detalles del homenaje, ya de las adhesiones que de toda la Isla se enviaban al Comité organizador.

Este estaba integrado, en su mayoría, de emigrados que residieron en Cayo Hueso y de otras distinguidas personalidades revolucionarias.

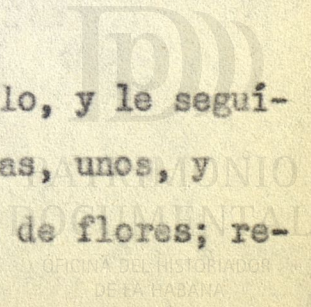
He aquí la lista de sus miembros: Juan Gualberto Gómez, Fermín Valdés Domínguez, Juan Ramón O'Farrill, Eligio Palma, Cándido Hoyos, Enrique Llansó, Angel Peláez, Andrés Zayas, Francisco Chenard, Juan P. Delgado, Alfredo Zayas, Felipe Sánchez Romero, Justo Maristani, J. M. Govín, Pedro G. Somosa, Juan Vilaró, José A. Clark, Ignacio Pizarro, Benito J. Nieto, Ramón de la Presilla, Miguel Corcuera, José Miguel Fernández de Velasco, Eduardo Pla, Ricardo Ceballos, Aurelio Granados, José R. Portocarrero, Valentín Villar, Sotero Figueroa, Francisco Calderón, Manuel Leal, Eduardo de Armas, José D. González y Joaquín Barroso.

La ceremonia de la colocación de la lápida fué sencilla y a ella sólo concurren los miembros del Comité organizador, levantándose el acta correspondiente.

Aunque señalada la manifestación para las doce del día 29, desde muy temprano comenzó a notarse que la ciudad había amanecido de fiesta, pues las casa en su gran mayoría se encontraban vistosamente engalanadas con banderas cubanas y americanas y colgaduras con los colores de nuestra enseña, y las diversas corporaciones patrióticas que se proponían concurrir a la manifestación fueron reuniéndose en los lugares de antemano convenidos. Además, el público se iba apostando en las calles y plazas por donde había de hacer su recorrido la manifestación.

Se inició ésta en el Prado, y, dando la vuelta al Parque, entró por Neptuno y siguió por Galieno, Reina, Dragones, Monte, Egipto y Paula, hasta la Alameda.

Abría la marcha un pelotón de batidores a caballo, y le seguían; clubs patrióticos con sus estandartes y banderas, unos, y otros portando retratos de Martí y ramos o coronas de flores; re-



presentaciones de las Facultades de Medicina, Derecho, Ciencia, Farmacia y Filosofía y Letras, del Círculo de Abogados, de Logias masónicas y de diversos liceos de la Isla; numerosas bandas de música; comité de obreros, principalmente pertenecientes a la industria del tabaco; y, como típico de la época, los bomberos: la sección de Camisetas Rojas de los Bomberos Municipales, con la banda La Libertad y todo el cuerpo de Bomberos del Comercio, con el carro de auxilio y la banda Santa Cecilia.

El Consejo de Secretarios del gobernador, general Brooke, estaba representado por el secretario de Obras Públicas, Agricultura, Industria y Comercio, señor Sáenz Yáñez; la Asamblea de Representantes de la Revolución, que se encontraba sesionando en Mariacao, por los generales Fernando Freyre de Andrade y Rafael Portuondo, asistiendo además otros muchos representantes; casi todos los miembros del Ayuntamiento habanero; alumnos y alumnas de colegios particulares; con sus profesores; comités de emigrados revolucionarios, algunos de los cuales habían enviado, expresamente, al homenaje, desde Tampa y Cayo Hueso, nutridas representaciones.

La familia de Martí ocupaba tres coches. En el primero iban la viuda del Maestro, señora Carmen Zayas Bazán, y su hijo Pepito, quien vestía el uniforme de capitán del Ejército Libertador; en el segundo la señora Leonor Pérez Cabrera, madre de Martí, acompañada de su hija la señora Leonor Martí de García y del esposo de ésta, señor Manuel García Álvarez; y en el tercero, los sobrinos carnales de Martí, señores Oscar y Mario García Martí. Los batidores de a caballo que abrían la marcha, como ya dijimos, estaban capitaneados por José Manuel Govín, inspector de la aduana entonces, y más tarde director del periódico El Mundo. En el relato que hace La Discusión, aclara que éste era "Govín el Bue-

no", como cariñosamente le llamábamos en Cayo Hueso, para diferenciarlo del otro Govin (Antonio), que se vendió a España y que ahora no hay quien quiera comprarlo". También hace constar el referido periódico que "entre los batidores, vimos uno que fué vista de Aduana del Gobierno español y más ídem que Pelayo, pero que ha dado ahora tal cambio de casaca que asistió a esa manifestación tan insurrecta". Y comenta: "¡Oh, poder del turrón que todavía saborea!".

Calcula La Discusión, que "sin pecar, en lo absoluto, de exagerados, puede afirmarse que en la manifestación formarían aproximadamente unos diez mil individuos en el Parque y sus alrededores. Al iniciar la marcha aquélla, habría unas veinte mil, debiendo calcularse entre noventa o cien mil el número total de personas que en la ciudad han entrado en movimiento y agitándose, con motivo de la manifestación".

En ésta figuraban ochenta y cuatro estandartes pertenecientes a sesenta y un clubs y dieciocho comités patrióticos. A pesar de la llovizna que cayó constantemente mientras la comitiva estuvo en marcha, ello no deslució lo más mínimo la manifestación, "pues no hubo una sola persona que se saliese de las filas".

Fueron muchos los detalles e incidentes, reveladores del entusiasmo popular, de que dan cuenta los periódicos de la época; hombres que no cesaban de vitorear durante todo el recorrido de la manifestación, hasta quedarse roncos, a Martí, a Cuba Libre y a la Revolución; constantes aclamaciones por parte de los espectadores, hombres y mujeres, que en las aceras, balcones y azoteas presenciaban el grandioso acto. Hasta los soldados norteamericanos de ocupación en la Isla se unieron también al regocijo popular, portando muchos de ellos banderas cubanas y de su país y dando estentó-

reos hurras en su idioma. Sólo se registró, durante la celebración del mitin, un incidente desagradable, en la Alameda de Paula, provocado por un joven camarero de un vapor español, quien en estado de embriaguez, dió varios vivas a España; pero "la cordura de los cubanos hizo que al alano en cuestión no le sucediese nada desagradable y que dos compañeros suyos se lo llevasen a bordo a dormir la mona".

Ya frente a la casa natal de Martí, hizo alto la manifestación y Valdés Domínguez corrió la cortina con la bandera nacional que cubría la lápida colocada entre los dos balcones de la casa, lápida que dice lo siguiente: José Martí. Nació en esta casa el día 28 de enero de 1853. Homenaje de la Emigración de Cayo Hueso.

Relata La Discusión que "al descubrirse la lápida y escucharse los estruendosos vivas a Martí, la madre de éste no pudo ya dominarse y corrió el llanto por sus mejillas. Fueron lágrimas tristes y alegres a un tiempo: tristes, porque su corazón adolorido sentía al hijo de sus entrañas perdido para su amor inmenso, mater-nal; alegres, porque sólo muerto su hijo, podía ella apreciar hasta qué punto el pueblo le adoraba y cómo los cubanos saben honrar el insigne nombre del padre de la Revolución. Las lágrimas de la respetable señora cayeron en el corazón de cuantos presenciemos tan tiernísima escena". Como dato curioso, dejamos constancia que en aquella fecha habitaban la casa, como inquilinos, el señor Vicente Turió y su esposa, valenciano, con un hijo y una hija.

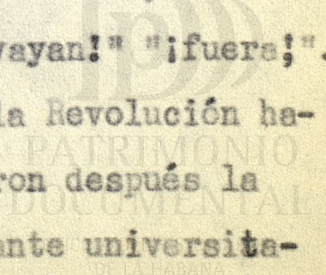
Terminada esta ceremonia, continuó su marcha la manifestación, dirigiéndose hacia la Alameda de Paula, donde, como ya dijimos, se celebraría el mitin. Se encontraba levantada la tribuna fren-

te a la calle de Acosta, y era de madera, cubierta en su frente por una hermosa bandera cubana, la que, según explicó al público en breves palabras el señor Ventosa, había pertenecido a la Sociedad de Emigrados Cubanos de Tampa. En el ángulo posterior izquierdo de la tribuna aparecía el estandarte del Comité del barrio de San Isidro.

El primero en ocupar la tribuna fué el señor Francisco Calderón, del Comité Popular de Cayo Hueso, quien se limitó a saludar al pueblo de La Habana en nombre del Comité a que pertenecía, terminando con estas frases que fueron larga y estruendosamente aplaudidas: "Compatriotas, permitid ahora a un cubano, que después de once años de emigración, ya en la patria redimida, grite con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Viva Cuba Libre Independiente!"

Correspondió el turno siguiente el señor Francisco María González, de la emigración de Cayo Hueso, quien ensalzó los méritos no igualados de Martí y los títulos que le había conquistado el amor, el respeto y la veneración de todos sus conciudadanos, refiriendo que a él le cupo la honra de tomar taquigráficamente el primer discurso de Martí en Tampa, y desde la tribuna lanzó al público algunos ejemplares de dicha histórica pieza oratoria. Agregó que la doctrina predicada por Martí en los días amargos de la emigración era la única que salvaría a Cuba, debiendo contarse con el español bueno, pero rechazarse al malo, diciéndole: "Miserable, lárgate de aquí, que tú no puedes vivir en Cuba". Estas palabras fueron ahogadas por los aplausos de la multitud y los gritos, que partían de todos lados, de, "¡que se vayan!" "¡fuera!".

En nombre de la Asamblea de Representantes de la Revolución habló el general Fernando Freyre de Andrade. Ocuparon después la tribuna el Dr. Pedro González Llorente, el estudiante universita-



rio Abelardo de León y el Dr. Evelio Rodríguez Lendián.

Fermin Valdés Domínguez fué saludado por aplausos frenéticos. Dijo que como no era orador, sino tan sólo "un discípulo del Maestro amado, un amigo suyo en los tiempo de zozobras y sobresaltos, un hijo que lo adoraba, vengo aquí, no a pronunciar un discurso, sino a cumplir con un deber, a dar al alma un rato de expansión, a verter una lágrima". Recordó que aun Cuba no era libre ni independiente, pero que no debían los cubanos desesperar, teniendo fé en el porvenir, porque "cuando un pueblo quiere ser libre, lo es, y el de Cuba quiere ser libre". Al descender de la tribuna, el reivindicador de los estudiantes del 71, fué aclamado nuevamente con entusiasmo por el auditorio.

Tuvo a su cargo la misión de hacer el resumen del mitin el señor Juan Gualberto Gómez; y, al efecto, glosó los conceptos más salientes de los discursos pronunciados. Hablando por su cuenta, dió a conocer su pensamiento sobre Martí: "Fué, primero, patriota, y entrevió el porvenir; fué demócrata, después, y soñó con la unión de todos los elementos cubanos; fué amante de la justicia y sintió la necesidad de la redención de su pueblo; fué, por último, el defensor de Cuba, y por ella conspiró hasta lanzar la revolución sobre nuestros campos, hasta morir en el combate de Dos Ríos". Añadió que si Martí viviera, repetiría ahora a su pueblo sus admirables doctrinas políticas, expuestas en discursos, conferencias, artículos y manifiestos, y le diría que Cuba no era libre ni independiente, pero "no lo diría para exéitar, sino para que continuásemos unidos con objeto de que lo sea". Respecto a los españoles declaró que, si en la guerra, en las prisiones y en las emigraciones, no los había ultrajado, tampoco lo haría en aquellos momentos, pues él no puede olvidar "que todos descendemos de españoles, que

nuestros padres fueron españoles".

Al referirse a los Estados Unidos, aconsejó que se adoptara una actitud prudente, no debiendo inquietarse ante las esperadas y naturales equivocaciones en que habían de incurrir los gobernantes, "por ser otra raza, de otras costumbres, por desconocer las necesidades de nuestro pueblo", aconsejando, como pensaba que Martí lo haría, que el pueblo tuviese fé y esperase, "que siempre hay tiempo para las determinaciones violentas".

Comentando los diversos actos que se celebraron en La Habana en ese el primer homenaje tributado por el pueblo cubano a la memoria de Martí, después del cese de la dominación española, dice La Discusión: "Martí y Cuba, han sido, pues, ayer, honrados igualmente por el patriotismo, la gratitud y la cordura del pueblo de La Habana".



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA